



una
mujer
infidel
miguel
sáez
carral

Una noche de verano, Be sufre una brutal agresión. Mientras un equipo médico lucha por salvarle la vida, el inspector Jorge Driza se hace cargo del caso. Los primeros pasos de la investigación apuntan como autor del crimen al marido de la joven. Sin embargo él lo niega. A lo largo de unas horas, el policía, acosado por el fantasma de la infidelidad en su propia vida, y la pareja de la víctima, que esconde un secreto, entablarán un *tour de force* que sacará a la luz el pasado de la pareja.

Un pasado que cuenta una turbulenta historia de amor entre dos personas que tienen una original interpretación del deseo y una particular visión del sexo y la fidelidad.

Una relación poco común que alcanzará un conmovedor clímax cuando se descubra el cuerpo casi sin vida de Be.

A la mujer que amo, a Paloma

1

Entonces vio el cuerpo tendido entre la alta hierba.

Yo no estaba allí. Solamente puedo imaginarlo. Amanecía. El corredor atravesaba el bosque de este a oeste. De alguna forma era como si huyera de la luminosidad del día naciente que asomaba a su espalda por la línea del horizonte y buscara amparo en las sombras que la noche abandonaba en su retirada, a cada segundo más pálidas. Tenía cierto sentido que fuera así. Durante semanas las temperaturas habían sido dos o tres grados más altas de lo normal para aquella época del año. En muy poco tiempo, en solo unas horas, aquel mismo sol abrasaría la tierra y todos y cada uno de los seres vivos de la ciudad nos esconderíamos de sus rayos para no morir de calor. Y sin embargo, unos minutos antes, al pisar la calle, el corredor había notado cómo el vello de su piel se erizaba. Aquel escalofrío, en medio de unas semanas de asfixiante calor, había sido como el reencuentro inesperado con un amor perdido. La noche anterior, una de las primeras tormentas del verano había descargado una intensa lluvia sobre la ciudad y el suelo todavía húmedo desprendía ese olor característico de la tierra mojada después de un largo periodo de sequía. El aire era fresco y limpio.

Avanzaba por un camino de tierra entre grupos de encinas, alcornoques y algún pino manso que se elevaba sobre el perfil del bosque. Sus rítmicas pisadas hacían crujir un rastro de hojas y pequeñas ramas que habían sido arranca-

das con brutalidad de las copas de los árboles, durante la tormenta, por la fuerza de un viento salvaje. Aquel camino ancho y de tierra blanca compacta, normalmente limpio y despejado, era el elegido por los que practicaban el atletismo y el ciclismo y también por las parejas que paseaban a sus perros o con sus hijos los fines de semana. Fue un golpe de fortuna —quizá motivado por el aburrimiento de seguir la misma ruta cada mañana— que decidiera desviarse del camino principal y tomara aquel otro sendero estrecho y sinuoso que ascendía en una ligera pendiente, hendido entre la maleza, para continuar su carrera. Precisamente donde estaba ella.

Corrió apenas durante un minuto. Al principio le llamó la atención que, a un lado del sendero, las hierbas altas nacidas en una primavera muy lluviosa y ahora de color dorado pálido, agostadas, con las espigas dobladas por el peso de las semillas, estuvieran aplastadas. Habían sido rendidas sin piedad sobre la tierra, como si la noche anterior un gran animal se hubiera abierto paso por allí. Y no fue hasta un poco más tarde cuando se fijó en aquella mancha de un llamativo color blanco y rojo —el color de su vestido— en el campo amarillo. Y todavía tardó unos segundos más en darse cuenta de que lo que había allí tendido era un cuerpo de mujer.

Detuvo su carrera y se quedó inmóvil. Notó el golpeteo de sus pulsaciones en las venas del cuello, las gotas de sudor que caían por su frente, escuchó el sonido de su respiración apresurada y tuvo que hacer un esfuerzo para producir un poco de saliva que aliviara la sequedad de su garganta. Espiró con fuerza por la boca y dio un puñado de pasos sobre los tallos aplastados de la hierba seca hasta que estuvo a solo un par de metros de ella. El cuerpo estaba echado boca arriba, con la cabeza ladeada sobre su hombro izquierdo, los brazos extendidos, una pierna estirada y la otra flexionada. El pelo castaño claro, alborotado, le ocultaba parte del rostro. Algunos mechones corrían pega-

dos a una mejilla y sus puntas entraban por la comisura de sus labios. Los hematomas y las heridas abiertas marcaban su rostro. Era evidente, incluso para alguien que no era médico —no recuerdo qué profesión tenía el corredor, pero desde luego no era médico—, que debajo de aquella carne amoratada y deformada, en un pómulo y en la mandíbula, había huesos rotos y astillados.

La piel estaba hinchada y tensa y pequeños regueros de sangre, ya secos, habían corrido desde su nariz, también rota, y desde sus labios partidos y bajado por la barbilla y por el cuello hasta la parte superior del pecho. El párpado del ojo izquierdo estaba inflamado y amoratado, y le vino a la mente la fotografía de uno de esos boxeadores con los ojos hinchados, transformados en apenas una línea negra en el rostro abultado, después de recibir una tremenda paliza. Y al observar las heridas de la mujer sintió el mismo dolor que debía haber sentido ella. Notó una punzada en la boca del estómago y tuvo que contener una arcada que subía por su garganta como un ascensor por un rascacielos. Con las palmas de las manos apoyadas en las rodillas y la espalda doblada, se obligó a hacer profundas inspiraciones, tomando aire por la nariz y soltándolo por la boca.

Dos rabilargos de cabeza negra y larguísima cola de un color azulado alzaron el vuelo desde la rama de un árbol cercano y lanzaron un grito áspero y nasal que le asustó. Miró a su alrededor girando su cuerpo hacia un lado y otro varias veces. Aquella mujer había sufrido una agresión de una violencia extrema y de repente pasó por su cabeza la idea de que quien le hubiera hecho aquello podía estar todavía cerca, acechante. Y entonces quiso —lo confesaría más tarde sintiendo una gran vergüenza— darse la vuelta y salir corriendo. A su alrededor no había nadie. El bosque estaba tranquilo. Los rayos del sol se colaban entre las ramas de los árboles que lo rodeaban, encinas de hojas duras de un color verde desteñido, y brillaban como antorchas encendidas. Algunos insectos volaban a través de los haces

de luz. Escuchó el gorjeo de los pájaros más pequeños y, muy alejado y amortiguado, el sonido de un vehículo al pasar sobre el asfalto de una carretera cercana. Se deshizo de la angustia y del miedo, recobró el sentido común y se dijo que no era probable que el agresor siguiera por allí.

La mujer llevaba un vestido de verano blanco estampado con grandes flores de color rojo oscuro. Estaba sucio, de tierra o barro y sangre, y mojado. La tela, un algodón delicado, se le había pegado al cuerpo y en algunos lugares se le transparentaba. Uno de los tirantes había sido arrancado y el escote vencido dejaba a la vista la parte superior de un seno y un fragmento de la areola rosada del pezón. Grandes manchas de color oscuro, hematomas, se dibujaban en la piel de sus brazos y en una de sus rodillas tenía una gran herida profunda, roja y seca.

La parte inferior del vestido, rasgada por las costuras, estaba doblada sobre su abdomen. No llevaba ropa interior. Por pudor apartó inmediatamente la mirada. Se arrodilló a su lado y con un cuidadoso movimiento tomó el borde del tejido con la punta de dos dedos y lo bajó poco a poco hasta cubrirle el sexo. Un insecto revoloteó cerca del muslo de la mujer y fue en ese instante, al alargar la mano para espantarlo, cuando perdió el equilibrio y rozó ligeramente su piel. Se sorprendió al notar que el cuerpo estaba tibio. Solo entonces pensó que todavía podía estar viva. Le tomó el pulso en la muñeca, fina y delgada, y no sintió nada. Después hizo lo mismo en la arteria de aquel bonito y estilizado cuello. Y de repente percibió el pequeño golpe casi imperceptible. El latido. Por un instante no supo si era suyo o de ella. Necesitaba estar seguro. Acercó su cara a la de la mujer y entonces notó su aliento en la mejilla.

Todavía estaba viva.

2

Yo entonces tenía treinta y dos años y me encontraba en el salón de nuestra casa en una pequeña y antigua colonia al este de la ciudad, muy cerca del bosque. Aquella mañana bebía café con el hombro apoyado en el marco de las puertas acristaladas que daban al jardín, abiertas de par en par, y observaba los frutos de la tormenta de la noche anterior. La hierba estaba húmeda y la tierra era más negra, y se mantenía en el aire ese aroma a «lluvia de verano» tan inconfundible, especial, agradable y misterioso.

Ese aroma había sido bautizado en 1964 por un equipo de investigadores australianos como «petricor». El nombre se deriva de la unión de dos palabras griegas: *petros*, que significa «piedra», e *ikhôr*, con la que se denomina al líquido que fluía por las venas de los dioses en la mitología de Grecia. Hacía poco que había leído en uno de esos artículos que los medios de comunicación publican como material de relleno en la época estival que existían varias teorías sobre lo que producía ese aroma y por qué en invierno la tierra mojada no olía de la misma manera. Una de las hipótesis explicaba el fenómeno atribuyéndoselo a las descargas eléctricas de las tormentas, que hacían descender hasta la superficie de la tierra corrientes de aire fresco con altas concentraciones de ozono. Otra, que el olor era originado por las esporas de las plantas, por las bacterias y por unos microorganismos que la lluvia despertaba después de un prolongado espacio de sequía. Y por último, la teoría que

parecía demostrada por un grupo de científicos de una universidad norteamericana decía que el aroma era producido por burbujas de aire generadas por el choque de las gotas de lluvia contra las piedras calientes. *Petricor*.

Las pequeñas hojas alargadas y casi amarillentas de la acacia que crecía en una esquina del jardín estaban esparcidas por la superficie del agua de la piscina, por el suelo de tablas de madera que la rodeaba y también por el césped y los parterres de flores. Un par de sillas de terraza habían sido derribadas y desplazadas una decena de metros y yacían patas arriba con sus respaldos enterrados en uno de los setos de bambú que Be, mi mujer, había plantado para cubrir la valla trasera. Aunque no había sido la tormenta quien las había arrojado hasta allí.

La tormenta remató diez largas horas en las que el sol abrasó la ciudad sin descanso. La caída de la tarde no hizo que el calor disminuyera; al contrario, creció una sensación sofocante, como si el aire se hubiera vuelto tan denso como el jarabe y con su peso nos estuviera aplastando. Los perros ladraban como locos en la calle, los hombres se amenazaban en la puerta de los bares y los niños pequeños lloraban sin hambre ni sueño en los brazos de sus madres. Entonces, nubes de un negro intenso se formaron en el horizonte y corrieron veloces hacia nosotros impulsadas por un viento salvaje y trajeron la lluvia. Cuando los rayos agrietaron el cielo negro y los truenos hicieron vibrar la tierra como los ecos de una lejana batalla, los perros dejaron de ladrar y los niños de llorar, y los hombres apartaron a un lado sus conflictos y todo el mundo alzó su mirada al cielo. El agua comenzó a golpear, con infinita violencia, la superficie de la tierra. El sonido de la lluvia, aquel rugido brutal, reforzó la fe de los creyentes y nos recordó al resto nuestra pequeña condición y naturaleza.

La tormenta descargó su furia durante más de una hora sobre la ciudad. Y después se hizo el silencio y la gente pisó de nuevo las calles, y se abrieron ventanas y balcones y

se encendieron luces, y por todos lados se escucharon risas y gritos de entusiasmo parecidos a las voces de una población liberada después de largos años de ocupación por un ejército enemigo. Sobre la tierra algunos percibieron sus efectos visibles, como aquellas hojas de la acacia esparcidas por la piscina y el jardín. Y otros percibimos los invisibles. Como su ausencia.

Un año antes, también un día de verano, también junto a una piscina, había comenzado el final de nuestra relación. Conservo en la memoria un recuerdo preciso del momento. Como en una fotografía. Mis pies descalzos pisan el frío suelo de baldosas de piedra blanca pulida de una cocina. Entre los dedos de mi mano derecha humea un cigarrillo de hierba —en aquel momento todavía fumaba— mientras mi mano izquierda sostiene una cerveza fría. Miro a través de una ventana. El agua de la piscina es muy transparente y a su alrededor se extiende una pradera de hierba recién cortada.

Ella no sabía que yo estaba allí. Aunque tampoco estoy muy seguro de esa afirmación. Muchas veces he pensado que quizá he dado por sentado algo que no tenía por qué ser así. Quizá sí lo sabía y lo que intentó fue probarme, averiguar cuál sería mi reacción, o quizá romper lo nuestro de una vez para siempre.

Estábamos en la casa de su amiga Anita. Mi mujer, Be, tendida sobre una toalla en un trozo de césped cerca de la piscina, tomaba el sol boca arriba con los brazos alineados al lado del cuerpo y una rodilla levantada. Su biquini, de un azul turquesa similar al agua de una playa del océano Índico, era pequeño y sus gafas de sol, enormes. Algunas veces, cuando mi mirada la encontraba de improviso, me recordaba mucho a una Jane Birkin a la que había visto en unas fotografías de una revista americana. Anita salió del agua y lentamente se acercó a ella. Se colocó a su lado y

dejó que gotas de agua fría resbalaran por su pelo y también por sus brazos y sus manos y cayeran sobre el vientre y el pecho de Be, que se agitó sorprendida y extendió un brazo para tratar de detenerla. Mi mujer agarró la mano de su amiga, tiró de ella e hizo que se arrodillara a su lado. Sus rostros quedaron muy cerca el uno del otro. Be levantó ligeramente su cabeza y besó los labios de Anita. Fue un beso suave y corto. Al separar sus cabezas, en el rostro de Anita resplandecía una hermosa y limpia sonrisa. Luego Be hizo un comentario —que no llegué a entender— al que Anita respondió echando la cabeza hacia atrás y soltando una carcajada. Volvió a inclinarse sobre Be y sus labios se unieron de nuevo, y esta vez el beso se alargó durante unos segundos. Luego se dejó caer a su lado e hizo que su mano resbalara por el vientre brillante de Be. Sus dedos levantaron el borde de la braguita del bikini azul turquesa y desaparecieron en su interior. La tela parecía a punto de estallar. Anita hundió su cabeza en el hueco formado por el cuello y el hombro de Be. Apenas unos instantes más tarde mi mujer arqueó la espalda, su vientre se tensionó y sus caderas se elevaron unos milímetros sobre el suelo. Cubrió su boca con el dorso de una mano, aunque eso no consiguió silenciar un gemido gutural largo e intenso que emitió al mismo tiempo que su cuerpo se agitaba en un espasmo eléctrico desde su cuello hasta la punta de los pequeños dedos de sus pies. Luego su cuerpo desfallecido quedó muy quieto, abandonado, sin aliento. Los besos de Anita que se repartieron por su vientre, la parte superior de los senos y el cuello parecieron reanimarla. Entonces mi mujer tomó el rostro de su amiga con las dos manos y la besó. Con un ágil movimiento se colocó sobre ella y después rodaron sobre la hierba riendo.

Be me había sido infiel. Acababa de hacer el amor con otra mujer. Una escena como aquella hubiera provocado en cualquier hombre una serie de sentimientos como los celos, la ira, la rabia o la furia, o incluso la pena o la tristeza. Sé

que suena ridículo y es lastimoso admitirlo, pero lo que yo sentí en aquel momento fue excitación y deseo. Al retirarme de la ventana una enorme y dolorosa erección pugnaba por escapar de la prisión de tela de mis pantalones cortos.

No hice nada, no moví ni un solo músculo para impedir o al menos detener lo que estaba ocurriendo junto a la piscina. Me pregunto si también me hubiera mostrado impasible delante de la ventana de aquella cocina, inmóvil en la sombra, conteniendo la respiración y notando cómo gotas de sudor se creaban sobre mi piel y descendían por mi espalda bajo la camisa, si Anita hubiera sido un hombre. ¿Cómo me habría comportado? ¿Habría dejado que completara el acto sexual con Be? No. Si un hombre le hubiera metido la mano bajo la braguita del bikini y movido la yema de sus dedos sobre su sexo, habría dejado el cigarrillo de hierba a medio fumar sobre el cenicero de la encimera de mármol de la cocina, habría salido corriendo y le habría agarrado por el cuello apartándole de ella. Y después le habría lanzado un golpe en dirección al arco de su nariz o a su pómulo concentrando en él toda la fuerza de mis más de ochenta y cinco kilos de peso. Se lo habría roto sin duda. Se lo habría aplastado como a un insecto. Es posible que después de ese primer golpe le hubiera lanzado muchos más hasta que alguien o algo me hubiera detenido. Habría convertido su rostro en un amasijo informe de huesos rotos y carne lacerada. Sí, lo sé. Es una torpe excusa que solo me doy para tratar de encubrir el hecho de que consentí que Anita masturbara a mi mujer junto a su piscina.

Había dejado que el cigarrillo de hierba se apagara. Me lo llevé a los labios, lo encendí de nuevo y le di una profunda y larga calada. En aquel momento escuché el ruido de la puerta de la casa a mis espaldas y la voz de Tomás, el marido de Anita, anunciando su llegada. Entró en la cocina y dejó un par de bolsas de plástico blanco sobre el suelo. Dijo algo sobre el calor y la gente que había en el supermercado y explicó el retraso echándole la culpa a un conocido

a quien se había encontrado y al que no había podido evitar sin parecer maleducado. Se asomó a la ventana. Anita y Be fumaban, sentadas en el bordillo de la piscina, con los pies metidos en el agua, separadas por un metro o algo más de distancia.

—¿Te estás escondiendo? —me preguntó.

Sonreí y le enseñé el cigarrillo de hierba a medio consumir entre los dedos de mi mano derecha.

—Te entiendo —dijo—. Yo también me escondo a veces. ¿Me das una calada?

Le pasé el cigarrillo.

—Hace mucho que no fumo. Desde los tiempos de la universidad.

Hizo una inspiración demasiado profunda y larga, se le descompuso la mirada y tuvo un acceso de tos que le hizo doblarse por la cintura.

—Te gustan cargados, ¿eh? —afirmó como si quisiera justificar su falta de costumbre con el hecho de que yo hubiera puesto mucha hierba en la mezcla.

No era verdad, pero sonreí dándole la razón. Me lo devolvió.

—Me gustaría volver a fumar —dijo—. Al caer la noche me sentaría en una de las sillas del porche, me liaría uno de estos y me olvidaría de toda la mierda del despacho. Tengo un jefe nuevo que me las está haciendo pasar putas, ¿sabes?

Durante un segundo dudé si debía decirle algo sobre lo que acababa de ver. Algo así como: «He visto cómo tu mujer le metía la mano en la braguita del biquini a Be y la masturbaba al lado de tu piscina de agua salada. Y creo que mi mujer le ha dado las gracias a la tuya después de correrse». Me hubiera gustado ver qué cara habría puesto. ¿Incredulidad, asombro, incompreensión, alegría? Quizá se lo habría tomado como una broma de mal gusto y yo habría quedado como un bobo grosero con oscuras y perversas intenciones. O quizá me habría sonreído y después de una amiga-

ble palmada en el hombro me habría contestado: «No te sientas mal. Se lo hace a todas sus amigas. Es una gran perra, ¿verdad? —Y después de una pausa habría añadido—: La adoro».

No dije nada y no pude sorprenderle y él tampoco a mí. En lugar de eso, le ayudé a colocar la compra.

—Anita —dijo Tomás— no me contó nada de que fuerais a venir. De otra forma, la despensa estaría llena y no habría tenido que salir con este calor.

Le pedí disculpas y él me contestó que no tenía por qué hacerlo.

—Ellas trazan los planes y nosotros solo cumplimos sus órdenes —dijo Tomás, y después añadió—: Al fin y al cabo, son de Producción. ¿No es eso lo que decís vosotros?

No tenía ni idea de lo que hablaba. Aunque sí, era cierto, Be y Anita eran de Producción. Se habían conocido en el rodaje de una película, un largometraje norteamericano, y después habían encadenado tres o cuatro trabajos más como compañeras en el departamento de Producción. Eran amigas. Muy buenas amigas. Nosotros, los maridos, apenas nos habíamos visto a lo largo de aquel tiempo. De no haber sido por aquel momento al lado de la piscina, quizá nunca habría pensado en lo precipitado de aquella invitación para pasar el día en su casa de las afueras de la ciudad. Teníamos la presentación de un libro aquella misma noche y dos planes en el mismo día hacían que nuestra agenda social estuviera sobrecargada. Pero Be insistió mucho. El verano estaba siendo caluroso y los cuatro, por motivos de trabajo o de falta del mismo, nos habíamos quedado en la ciudad. Su casa estaba en las afueras, donde suponíamos que las temperaturas eran más bajas. Tenían piscina, habría cervezas frías y podría fumar todo lo que quisiera. Y además me prometió que regresaríamos a tiempo para la presentación del libro. No podía negarme.

Días después se me ocurrió que aquel plan improvisado podía haber nacido aquella misma mañana con un mensaje

corto o una llamada de teléfono y un «te echo de menos» o un «quiero verte» o un «me muero por besarte». No lo sé con seguridad, pero imagino que algo así debió ocurrir. De lo que estoy seguro es de que aquella no era la primera vez que lo hacían. Era la primera vez que yo lo presenciaba, pero no era la primera vez que ellas se habían besado y se habían tocado y habían hecho el amor. La naturalidad con la que se fundieron sus cuerpos delgados y morenos, las posturas de sus manos, de sus brazos, de sus piernas, la sintonía de sus movimientos delataban que entre ellas dos había una experiencia previa. La precisión de sus movimientos, la rapidez con la que había alcanzado el orgasmo, sus risas cómplices una vez que Be acabó, el beso que se dieron después. Aquella era una pareja que había iniciado hacía meses una relación. O quizá más.

Atravesamos la casa con una cubitera llena de hielo, una botella de vino blanco muy frío, copas, una cerveza para mí y unos cuencos con varios aperitivos. Cuando cruzamos el umbral de las cristaleras del salón y salimos al porche de madera escuché a Anita, que volviéndose hacia Be decía:

—Los chicos ya han vuelto.

Los chicos ya han vuelto. Me expliqué así, entonces, su absoluta falta de precaución para abordar el acto sexual que acababan de practicar a plena luz del día, sin buscar un lugar seguro a resguardo de las miradas de los demás. Supuse que habían pensado que yo había acompañado a Tomás a por las bebidas y que se habían quedado solas en la casa. Las chicas dejaron el borde de la piscina y se acercaron hasta la mesa donde el marido de Anita había colocado la bandeja a cubierto bajo la sombra formada por una gran lona blanca. Be puso una de sus manos en mi nuca.

—Estás sudando —dijo, y me preguntó si no me apetecía darme un baño.

Me despojé de la camisa y después de los pantalones cortos recordando mi reciente y humillante erección, le di un trago a mi cerveza y me sumergí en el agua artificial-